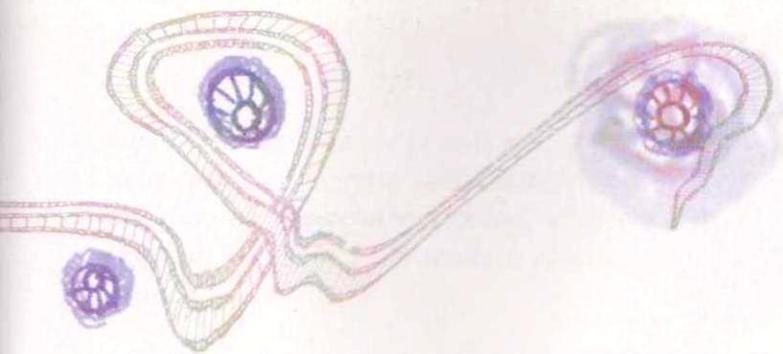




**CUENCA: ÓPTICA TURÍSTICA Y ESTRATEGIA
COMPETITIVA FRENTE AL MUNDO**

GUSTAVO IÑIGUEZ MÁRQUEZ.



Nuestra ciudad ha mantenido clara su estrategia competitiva como destino turístico frente al mundo. Cuenca, Patrimonio Cultural de la Humanidad conocida y reconocida principalmente por su rica arquitectura tradicional, se ha constituido en una gran referente de visita para propios y extraños. Lamentablemente, en la actualidad, los personeros e instituciones encargados de resguardar este tesoro local, se “hacen los locos”, quizás por una visión reducida de lo que es moderno.

Esta miopía se evidencia, sobre todo, en la arquitectura. La instauración de líneas rectas con materiales fríos (frívolos) es una característica de las ciudades modernas, que pretenden asentarse sobre las urbes tradicionales, donde no hay lugar a la evocación, la nostalgia; aunque esto último raye en el romanticismo. Por el contrario, líneas curvas y coquetas con materiales como madera o hierro forjado refleja lo clásico, lo tradicional, lo nuestro, con lo que crecimos. No quiero condenar lo moderno, ¡de ninguna manera! El punto es, ¿cuál de los dos estilos conviene a Cuenca para reforzar nuestra ventaja competitiva como destino turístico mundial?

Con gran frustración vemos cómo nuestros parques, plazas y avenidas, principalmente a las orillas del Tomebamba, se “degeneran”, no “regeneran”. Los faroles forjados en hierro con diseños curvilíneos y que transmitían calidez, ahora son sustituidos por lámparas rectas y brillantes de luz blanca y frívola.

Los pasamanos de madera o hierro forjado realizados por hábiles artesanos, son reemplazados por modernos barandales de “brillante acero inoxidable”. Como si el acero inoxidable guardara cada uno de los pasajes íntimos de cada uno de los seres que habitaron estos lugares. Nuestras clásicas “sillas de parque” que se contonean con esbelta figura, son ahora solo modernas planchas de madera.



Como si fuera poco, día a día se mina la ciudad con demoliciones de viviendas patrimoniales. Viviendas con historia transformadas en sitios de destrucción nocturna, que nada tienen de espectacular para los turistas que desean encontrarse con sus raíces culturales.

Un ejemplo reciente es la finada “Villa Roselena” de mis bisabuelos, el Sr. Dr. Juan Ñíguez Vintimilla y la Sra. Rosa Elena Arteaga Crespo, en cuyo honor lleva su nombre. Mi bisabuela es descendiente del prócer de la independencia Dr. Moisés Arteaga, que visitó Cuenca junto a Simón Bolívar y se alojaron en la casa que hoy indebidamente se llama “Quinta Bolívar”, puesto que la original fue demolida por el Sr. Dr. Benjamín Ramírez.

Esta villa fue asesinada el 1 de mayo de 2008 cuando toda la ciudad dormía. Para muchos, era una joya con estilo arquitectónico único: La Villa fue construida sobre un gran pantano, de cual se tomó el fango para elaborar los adobes. Cada pared, de tres metros de alto, para que no se tuerza ni se destruya. Como toque final, se construyeron dos torres a las que mi abuelo paterno, el Dr. Julio Ricardo Ñíguez Arteaga, las denominó “El pentágono del sueño”. Su construcción fue lenta y parsimoniosa.

Lamentablemente, los gobiernos de turno no han respetado la concepción de la Villa, y lo han echado abajo en unas horas de un largo feriado invernal. Aducen que no tiene valor histórico.

Acaso no saben que es la primera construcción que se realizó en esa zona, y muy posteriormente el Dr. Miguel Heredia Crespo, senador del país construyó, al frente la elegante villa, donde actualmente funciona el Sindicato de Choferes Profesionales del Azuay.

Los murales de cielos rasos y paredes fueron pintados por el Sr. Flores quien, anecdóticamente, tenía solo un ojo y para no perderlo, por

precaución, se buscó una pepa de mango que dividiéndole en dos partes, utilizó la mitad para la protección de su pupila, ajustándola con un par de piolas a su nuca.

Las pinturas con que se realizaron los murales de la finada casa fueron pedidas a Europa, porque no había en ese entonces ninguna fábrica de productos químicos, y el pincel fue fabricado con cerdas de la cola del choncho, hábilmente colocadas en un palito ligeramente pulido y aseguradas con cabuya” (Referencias de mi abuelo materno Dr. Ricardo Márquez Moreno de la generación de 1915).

Como referencia de mi bisabuelo Dr. Juan Ñíguez Vintimilla, en una autobiografía, lamenta la época en la que se cambiaban los nombres de las calles de la ciudad y paradójicamente coincide su relato como una premonición de estos hechos; lo transcribiré enteramente: *“Probablemente después de veinte años, ya las calles tendrán otros nombres y, a no ser mediante una larga investigación histórica, a la que pocos tienen inclinación, será difícil que localicen la casa de mi nacimiento, que felizmente nadie averiguará. Yo no soy partidario de esos cambios que trastornaron la historia. El nombre, así para los individuos como para las cosas y muy especialmente las localidades, es algo que no se debe tocar, porque, en cierta manera, imprime carácter, y más que ninguna otra, debe tener la consagración de los tiempos, que lo vuelve sagrado.*

El prurito de los cambios es una modalidad de la miseria humana, que en su empeño de permanencia, derroca un ídolo, para en su puesto levantar otro, que, a su turno, tendrá la misma suerte. Es una inocente vanidad de los mediocres, de los incapacitados para escribir el nombre de las celebridades en forma más trascendente. Quitar una placa para sustituirla por otra, es tan insustancial y ridículo que no acepta explicación. Lo que requiere la nombradía de los hombres

superiores, especie de semidioses, a los que no debe faltar el incienso de la admiración de los pueblos, es, en primer término, el poema; en segundo, el libro, y, en tercero, el mármol o el bronce.

¿Quién aprobaría como una innovación, que al Emperador Huaynacapac, se le llamara Alejandro; a Atahualpa, Napoleón y, a Bolívar, Octaviano? Dentro de esta innovación, ¿quién entendería la historia? Cosa semejante ocurre en las localidades. Así, se han vuelto un enigma para nosotros los poemas de Homero y, en general, las obras antiguas, porque la estulticia humana ha descoyuntado la Historia, poniendo sobrenombres a cuanto fue conocido, en su prurito de celebridad barata”.

¿Qué queremos ser? ¿Hacia dónde apuntamos? ¿Constituirnos la ciudad moderna y competir como destino turístico con Hong Kong, New York o Dubái, o seguir manteniendo nuestra ventaja competitiva de difícil imitación?, te pregunto “Ciudad Patrimonio Cultural de la Humanidad”.

